

Y de los bravos que hoy pisan el mundo,
A los mas por su mano ha de dar muerte,
Y harto el primero hará en quedar segundo:
Ni pienses que es el nuevo encarecete
De sutil invencion parto fecundo,
Que ya algun dia tú has de ser testigo
De lo mas y lo menos que aquí digo.

Lugar precioso en esta rica tela
Queda á otros nobles hijos de la fama,
En cuya heróica historia me desvela
La industria de mi mano y de su fama;
Y aquesta luz que en torno dellos vuela,
Es la que á eterno nombre y voz los llama,
Ahora en tanto que ellos nos suceden,
Oye lo que los hados te conceden.

«Si en esta clara fuente siete veces
Al rayo de la luna te lavares,
Y á los difuntos dioses tus júeces
Con nocturnos inciensos aplacares,
Y una sagrada víctima le ofreces
Al dios conservador destes lugares,
Con lumbre de laurel y hojas de olivas,
Harán que al mundo eternamente vivas:

Y tu edad y tu siglo se renueva
Como los campos con las frescas flores,
Sin que tu vista eterna noche pruebe,
Ni tus sentidos sientan sus temores;
Mientras Ebro á la mar tributos lleve,
Y por abril nacieren los amores,
Y el cielo coronaren las estrellas,
Y los años volaren en pos dellas.

Mas si por no observar las impresiones
De los celestes astros lo dejares,
Y destas ceremonias y oraciones
Indigno el limpio y grave arnés juzgares,
De las otras forzosas ocasiones
Este rocío temple los hazares,
Y en tu antes duro trato vuelva el mio
Gusto agradable lo que fue desvío.

Perderá las congajas del profundo
Sueño que te inquietó la fantasia,
Pues gozar de inmortal vida en el mundo
El cielo te lo da por otra via,
Si merecieres el lugar segundo
En los contestos de una historia mia,
Que ha de durar mas siglos en la tierra,
Que ondas derrama el mar y arena encierra.»

Dijo, y de en medio del sagrado rio
Con la mano arrojó licor bastante,
Con que al valiente moro creció el brio,
Y lo áspero lavó al feroz semblante:
Volviendo lo argentado del rocío
El antes rostro bárbaro elegante,
Desnudo del primer capote y ceño,
Que de horrible le hacia zahareño.

De una apacible gravedad compuesto,
Hasta en los ojos de la envidia amable,
Así en gallarda proporcion dispuesto,
Que aun el áspero gusto volvió afable;
Que mas se da con la ventura que esto,
Como sin ella es todo abominable:
El agrado, la gala, y la hermosura,
No son mas que un rocío de ventura.

ALEGORIA.

Por la cueva del Hado se entiende la providencia divina, á quien todas las cosas estan sujetas.

En la relacion de los reyes godos se muestran los altibajos del tiempo, y como ni el cetro y corona de las magestades de la tierra, ni por altos ni por grandes se libran de sus mudanzas.

En Iberia abrazada con el sátiro, cuan poderosa es en el vicio de la sensualidad la fuerza de la ocasion, y como para librarse della conviene que entre de por medio la fuente del desengaño.

En el rocío que á Ferraguto le lavó el rostro, y mejorándole el ser le perficionó la figura, se descubren los admirables efectos que la ventura hace en el hombre, y como á veces hasta de lo porvenir le da noticia, como la Hada á Ferraguto.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO. Ferraguto envidioso de las alabanzas de Bernardo se parte á buscarle para probarse con él. Prosigue Teudonio su historia, y en ella las grandezas de un valeroso Joncel, que libró al rey Casto de cierta traicion, y dase á conocer el conde. Trata-se de las fiestas de Francia, y del consejo de guerra del César donde queda confirmada la guerra contra España, y el modo con que el sabio Orontes robó á Bernardo.

QUERRIA el moro por tan ricos dones
Mostrarse agradecido y obligado,
Cuando sin aguardar á otras razones
La Hada se volvió en cristal helado;
Y él vestido de nuevas perfecciones
El camino siguió de su cuidado,
De gustos lleno, y desabrida pena,
Con el bien propio, y con la fama ajena.

Del Ebro inculto por la fértil grama
De sus mismas acciones va admirado,
Fria de envidia el alma con la fama
Que al gallardo Leonés promete el hado:
Celos le yelan, el honor la inflama,
Y en él, y en su esperiencia confiado:
«Será posible, dice, que en el mundo
Hay quien me baje á mí al lugar segundo!

Primero en ciega confusion hundido
Todo lo dejaré este brazo fiero,
Los que ahora viven, los que ya han vivido,
Cuanto me espera á mí, cuanto yo espero:
Mio es, mio ha de ser, y mio ha sido
En todos trances el lugar primero,
Este defenderé con dura guerra
A cuanto surca el mar y ara la tierra.

No volveré á los ojos de mi gente
Sin quitar á mi honor este embarazo,
Y ver si dese Montañés valiente,
Lo que no hizo el mundo hará su brazo:
A buscarle quiero ir al mar de Oriente,
Y quitarle la vida en su regazo,
Antes que toque en tierra, y haya brio
En ella que compita con el mio.»

Así dijo; fantástico y brioso
Su caballo guió para Valencia,
Que es el honor herido en pecho honroso
Viva inquietud, agravio sin paciencia:
Dos dias anduvo sin hallar reposo
Tras el fin de su vana competencia,
Discurriendo por ella, y sin camino,
De un desatino en otro desatino.

Mas ya al tercero, cuando el sol sembraba
Del dorado Zenit rayos mayores,
Y el pastor caluroso se amparaba
Al fresco de los sauces entre flores,
Por el nuevo camino que llevaba
En ligeros caballos voladores,
Huyendo vió venir una doncella,
Y un caballero en los alcances della.

Ella á gritos pidiendo al cielo ayuda,
Y él con solo el intento de alcanzalla,
Con la cobarde espada alta y desnuda,
Por herilla, prendella, ó por matalla;
Sacó el Moro feroz la suya aguda,
De quien los bravos tiemblan en miralla...
Cuando Teudonio en la prision de Luna
Así en cuentas está con su fortuna.

Llegó el alcaide entreteniéndolo el paso
Con sagaz atencion á lo que habia,
Acogieronle bien, viólos de paso,

Que solo á requerirlos descendia:
Sintió de nuevo el nuevo preso el caso,
Su corta fe, su escasa cortesía,
Y mordiéndolo los labios al ultraje,
Entre un suspiro reprimió el coraje.
Y vuelto al conde, dijo: «al fin cual digo
De la cuadra real llegó á la puerta
El aviso traidor del falso amigo,
Cuando ni pudo entrar, ni la halló abierta;
Y viendo el riesgo y fin del enemigo,
Y mi importante traza descubierta,
El rebozo troqué en que satisfacía
Mi muerto honor la prevenida daga.

Y antes que el frio temor, en las entrañas
Entera entró, y se la escondí dos veces,
Con que el sensual amor y sus marañas
Huyó corrido entre sangrientas heces:
¡Oh cómo el tiempo da vueltas estrañas!
¡Oh cómo humilla locas altiveces!
Matóle al fin del muerto honor la traza,
Y una ventana le colgó á la plaza.

Yo allí aclamando: ¡ libertad! ¡ victoria!
¡ Leon por el rey Casto! con que á un punto
De los contrarios no quedó memoria:
Que á mi voz viva, y á su rey difunto,
Libres dejaron la usurpada gloria,
Las armas, y el rendido alcazar junto,
Hecho ya en roja sangre un negro charco,
Con mi espada y las gentes de Filarco.

Sacudí el yugo infame del tirano
El reino fiel del oprimido cuello,
Haciendo en estos trances de mi mano
Que el despojado rey volviese á sello:
Prendí, tracé, compuse, y todo en vano,
Pues al fin se olvidó tan presto dello;
Vino á hacer córtés luego, y á ser vino
En mis alegres bodas el padrino.

Mostró correspondientes los favores
A la importante fe de mis servicios,
Siendo en todos mis votos los mejores,
Y mis sanos consejos mas propicios;
Hasta que el malsinar de hombres traidores
Esta privanza leal sacó de quicios,
Trocaré los vientos favorables,
Que hombres, aunque sean reyes, son mudables.

Mahamut, Arrez de Mérida, fue un moro
De falso pecho y de ánimo atrevido,
Que ardiendo en ambicion rompió el decoro
Al rey Hissen de Córdoba debido;
Y con su gente y bárbaro tesoro,
Ya el africano yugo sacudido,
Del rio Vierzo entró en el campo vasto,
Y al amparo se vino del rey Casto.

A este por órden y consejo mio
En fiel guarda le puso á las fronteras;
Que el Miño riega, y crece el Duero frio,
Por hondos saltos y ásperas laderas;
Y allí en dos lustros por su ardiente brio
Al mundo espanto dieron sus banderas,
Y el reforzado puesto en que vivía
Asaltos á los moros cada dia.

Era temida hasta en su misma gente
La aspereza del bárbaro inhumano,
Enemigo feroz, brazo inclemente
Al pueblo infiel y ejército africano;
Un hermano no menos que él valiente
Tuvo, á quien sobre el muro zamorano
Un dia, por sedicioso y homicida,
El rey Casto prendió, y quitó la vida.

Encendió al moro el presumido agravio
En deseos de vengar su hermano muerto;
Era mudable, trascendido y sabio,
De sangre castellana y mora enjerto;
Y como de traidor tenia el resabio,
Y de astuto el falaz pecho encubierto,

Encerró en él con pundonor discreto
De la traicion que urdia el gran secreto.
Y por mostrar que del perdido hermano
La odiosa muerte ya tenia olvidada,
Al Casto rey envió á pedir humano
Importante favor á una jornada;
Y á mí por de mas nombre, y mas cercano
A la persona real, dió encomendada
La suya, y de su causa me hizo agente
Con mil lisonjas, y un falaz presente.

Dióse el despacho á diligencia mia,
En despediente afable, y grato modo,
Y en la conquista y tierras que pedía
Sin nada reservar se le dió todo:
Mas no el traidor alcaide pretendía
Favor, sino venganza del rey godo,
Enviando con el nombre de embajada
Doblada gente, y prevencion doblada.

Del trono real á descansar bajaba
Al valle de Miduerna comarcano
Tal vez el Casto rey, donde gozaba
De ver correr un oso de verano;
Y el montañés Filarco le hospedaba
Con espléndida mesa y franca mano
En un real bosque, que en hinchada loma
Sobre las puntas de aquel bosque asoma.

En esta insigne casa de contento
De alcaide el fiel Garilo nos servia,
Puesto en olvido el alevoso intento,
Con que á tener mas tiempo me vendia;
Aunque él á la traicion trocando el viento,
La doró con decir que pretendia
Con aquella ocasion verse á mi lado,
Para morir allí, ó salir honrado.

Es fácil de engañar un noble pecho,
Y en un traidor jamás faltan engaños;
Este pues, que parece que fue hecho
Para sacar á luz los mas estraños,
Era en Miduerna alcaide á mí despecho
Por el gusto de Arlinda habia dos años,
Cuando de Mahamut la torpe gente
A Leon llegó con su falaz presente.

Y ahora por grave suma de tesoro,
O la esperanza de otra mas cumplida
En él, porque escondió el escuadron moro,
Del Casto rey deseando la venida,
Donde la fuerza los guardó del oro,
Sin ser de nadie su traicion sentida,
Hasta que el señalado tiempo vino,
Y un notable suceso en el camino.

El Casto Alfonso al real jardin derecho
A espaciarse guió, cuando en un llano,
Que el monte da á la humilde selva hecho,
Un doncel pareció, y un hombre anciano:
El viejo alto, feroz, calvo, derecho,
De rostro enjuto talle cortesano,
Palabras pocas, y modestia mucha,
Dos grandes bienes al que ve y escucha.

Del doncel solo no sabré pintarte
La gallarda postura con que vino,
Que al brio natural llegado el arte,
Era en humano traje ángel divino:
Hijo hermoso de Venus y de Marte,
En su aire le juzgáras peregrino,
Y humilde de Narciso la pintura,
Si como yo te hablára su hermosura.

Niño que el tierno bozole apuntaba,
De cuerpo algo mas grande que pequeño,
De alegres ojos, y de vista brava,
Suave en el mirar, y zahareño:
Temor el verlo y alegría causaba,
Y el rostro armado de capote y ceño,
Mezclando á lo hermoso lo robusto,
La cifra hacia del deleite y gusto.

En un bravo fantástico caballo

De la color y lustre del armiño,
Que Genil vió nacer, Bétis criallo,
Y de su juncia aun no perdió el cariño;
Sin poder con el freno sosegallo,
Lozano el potro, y el ginete niño,
Y así trocando manos y visajes
Hería el jaez, temblaban los plumajes.

De azul, tela de plata, y encarnado,
Rico jubon, colete y calza al uso,
El boemio en armiños aforrado,
Que el regalo y la gala juntos puso:
Con broches de diamantes recamado
Y perlas en labor y órden confuso,
Y en el sombrero, en plumas y en airones,
Engastes de rubís hechos florones.

La calza de obra, y ricas entretelas,
Lanzando rayos con vislumbres de oro,
De puntas de diamantes dos espuelas,
Y de rubís por ellas un tesoro:
El blando freno, estribos y charnelas,
Con pardos nieles de artificio moro,
La guarnicion de la gallarda espada,
De esmeraldas y perlas amasada.

Varios entalles de oro en cada hebilla,
Sonando del pretal las guarniciones,
De verde brocatel la corva silla,
Y del mismo matiz riendas y aciones;
Gripado lo embutido de platilla,
Y en nuevos trebolillos y florones,
Con asientos de perlas y rubazos,
Floridos brichos y escarchados lazos.

Así tal vez entre celajes pardos
Suele bullendo en luz resplandeciente,
Con bellas alas de oro y pasos tardos,
El lucero alegrar al rojo Oriente;
Y entre peñascos de ámbares gallardos
Dorar las nuevas rosas de su frente,
Recamando de aljófares y grana
El tierno día, el mundo, y la mañana.

Tal el doncel llegó, tal el mirallo
Deleite puso y gusto en los presentes,
El rey por le hablar paró el caballo,
Hecho un tejido muro de sus gentes:
Cuando el sabio Gentil, que á presentallo
Al casto rey venia, estas prudentes
Palabras sembró al aire, y fue escuchado
Del circunstante pueblo descuidado.

«Aunque jamás en mi, rey poderoso,
Ni hubo causa ni habrá para ofenderte,
Por si fui en algun lance sospechoso,
Y tu gusto agravié por complacerte,
El brazo deste jóven valeroso
De mi culpa podrá satisfacerte,
Cuando su espada ampare, no vencida,
De varios riesgos tu importante vida.

Tienes con él mas parte que conmigo,
Con ser yo por mil partes todo tuyo;
No tardarás en conocerme amigo,
Y en suficiente prueba el valor suyo,
Que el furor de un doméstico enemigo
Te aguarda en este parque, para cuyo
Remedio todo lo posible he hecho
En reducirle á tiempo de provecho.»

Dijo, y el Casto responder queria
Del grave anciano al noble ofrecimiento,
Cuando el jayan Fracaso, que venia
Por traidor capitan del falso intento,
Viendo que el rey el paso suspendia,
Feroz salió en su loco atrevimiento,
Temiendo en verle así por cosa cierta
Ser su oculta traicion ya descubierta.

Con cien valientes moros del castillo
Muera el ingrato rey salió gritando,
Suspendimonos todos en oïllo,
Al Casto en frágil escuadron cercando,

Por donde á todo riesgo abrió portillo
Del furor ciego el enemigo bando,
Dejando su confusa arremetida
Los mas bravos Guzmanes sin la vida.

El doncel de la selva compelido
De un brioso ardor, y el gusto de mostrallo,
Niño lozano, y de ánimo atrevido,
La espada sacó á un tiempo, y el caballo;
Y cual si temeroso ciervo herido
Le espoleara el deseo de alcanzallo
Salió contra la bárbara emboscada,
Sacando mas que el sol rayos su espada.

Era Fracaso un moro berberisco,
De grueso cuerpo y ánimo doblado,
En rostro sierpe, en ira basilisco,
En vista torpe, en lengua libertado;
Cuba de alegre vino, que el morisco
Que en esto se desmanda es consumado,
Y á la sazón sobre un frison polaco
Hecho venia recién comido un Baco.

Lleno el cerebro de arrogancia y vino,
Cual fantástica torre iba el primero,
Cuando el diestro doncel salió al camino,
Vestido uno de seda, otro de acero:
Hízole al moro errar su desatino,
Y acertarle el contrario un revés fiero,
Que dejó por el suelo su braveza,
Y á él y á sus contrarios sin cabeza.

Pasó sin alma el cuerpo en el caballo
Cual si vivo buscara á nuestra gente,
Donde al miedo primero de mirallo,
La nueva admiracion creció presente;
Acudió á toda rienda por vengallo
De su morisma el escuadron valiente,
Que en confuso alarido sin reparo
Por el nuestro rompió de claro en claro.

Eran los diestros moros escogidos,
Armas, lanzas, caballos, caballeros,
Al alevoso asalto apercebidos,
Y á cualquier trance de ánimos enteros:
Los nuestros solo á caza prevenidos,
Aljabas de color, petos ligeros,
Propios para huir desa manera,
O de la muerte ahora, ó de una fiera.

Quedaron los mas bravos por el suelo,
Sembrados los no tales por el llano,
Que ni del rey ni de su honor el celo
Freno dar pudo á su temor liviano:
Encontróse Dorasto con Tranquelo,
Aquel moro valiente, este cristiano,
Y vinieron al prado sin sentido,
El moro muerto, y el cristiano herido.

Volvióse á levantar, cobró sangriento
Su fiel caballo, y el contrario escudo,
Y con él, con su espada, y con su aliento
Del rey lo fue mientras durarle pudo:
Yo á su lado siguiendo el mismo intento,
Vestido de lealtad, de armas desnudo,
La defensa que pude, y que debía,
Sin dar un paso atrás hice aquel día.

Mas ¡quien dirá entre tantas las proezas
Que el doncel bello en este tiempo hacia!
¡Los peligrosos golpes, las destrezas
Con que unos daba y otros rebatía!
Cortando piernas, brazos y cabezas,
A este ayudaba, al otro defendia,
Aquí se ampara, y acullá ejecuta,
Y á todo acude con presteza astuta.

A Mosquino llevó una espalda entera,
Mollita de Coimbra renegado,
Que por ser brava su mujer y fiera
A ser moro se fue desesperado,
Donde encontró una vieja hechicera,
Que fue siempre en casarse desdichado,
Y dichoso en el golpe que hoy le deja

Libre de una celosa y de una vieja.

El diestro brazo le arrancó del codo
A Fulco, gran maestro, de un montante,
Con que le arrebató su saber todo,
Y de muy sábio le dejó ignorante;
Y al taur Alcín le dió un revés de modo
Que ambas las manos le quitó delante,
Y él hecho á perder manos en el juego
Quedó del golpe con algun sosiego.

A Zegrillos pasó de parte á parte,
Valiente capitan de Peñaranda,
Y á Boacel derribó, y á Galimarte,
Y á Berberuz el de la roja banda:
Hiere, rompe, destroza, hiende, y parte,
De aquí y de allí, de aquesta y la otra banda,
Hecho en la gallardía, y la persona,
Un formidable hijo de Belona.

Cual rayo ardiente, que en revuelta llama
De tres puntas, los rústicos haberes
Del campo asuela, y la copada rama
Del sauce, alegre sombra á mil placeres,
Humeando deja, el hueco monte brama,
Gime el cielo al caer, la rubia Ceres
Arde en secas aristas, y en su daño
La madura esperanza esconde al año.

Ni era menor el daño que hacia
El escuadron contrario en nuestra gente;
Que uno muere, otro cae, otro huia,
Otro queda hecho piezas por valiente:
El soberbio Abdelmon, que pretendia
Ser de Mahoma oscuro descendiente,
Y en su ciego Alcorán tener cauciones
Para mudar decretos y opiniones,

Traía un diestro herir tan presuroso,
Que era el asombro del sangriento llano;
Derribó á Peñalver, mató á Frago, y
Uno bravo leonés, otro asturiano:
Topó al burlon Grafil, truhan gracioso,
Que con lenguaje libre, y cuerpo enano,
Solía satirizar por su deporte
Los descuidos del rey y de su córte.

Mas dañóle aquel día uno que él tuvo,
No ser en huir como en hablar prolijo,
Que hacer entonces á Abdelmon le pluvo
Nuevo donaire del que tantos dijo;
Y en verle así pequeño se detuvo,
Y al brazo se le ató por regocijo,
Hecho de espada, que antes era escudo,
Dado á su tahali en el suyo un nudo.

Pudo la alegre burla estarle á cuento,
Que á sombras del juglar nadie le heria,
Cuando una flecha por el libre viento
A poner tregua en su placer venia;
Dió en la visera, y acertando á tiento,
Los sesos le cosió en la fantasia,
Quedando muerto, y el enano vivo,
Por dueño ya del que antes fue cautivo.

El Casto rey entre escabrosas breñas
A su gente formó fragil reparo,
Y con mañosa industria á sus pequeñas
Fuerzas trazó defensa, y puso amparo:
Bien que contra las armas estremeñas
El vencer fuera incierto, el morir claro,
Si el doncel de la selva le faltara,
O su presta venida se tardara.

Sacó el morisco orgullo tres gigantes,
Resplandeciendo en láminas de acero,
Uno en los abrasados Garamantes
Nacido, otro en las Sirtes, otro en Duero:
De gruesos cuerpos, y ánimos bastantes
A rendir el furor de un campo entero,
Y para en él llevar nuestro rey presonero
Un fuerte carro de acerado peso.

El mauro Dragonel que iba delante,
Armadas de un alfanje ambas las manos,

Con presto herir, y con feroz semblante,
En campo á un tiempo entró con diez cristianos:
Mató á Feinigue, músico y danzante,
Al duro Orbelio y á Franconio hermano,
Que en ciego pleito andaban por su herencia,
Y el gigante igualó la diferencia.

Aun todavía con ellos combatiendo,
Muerto el uno del todo, el otro herido,
El gallardo doncel pasó corriendo
Del gran combate por lo mas tejido;
Y ora de intento fuese, ó no pudiendo
Detener el caballo desabrido,
En el jayan chocó, y á todo vuelo
Como una gruesa torre vino al suelo.

Quedó sin la una pierna en la caída,
Y encima della y dél muerto el caballo:
Causó la no pensada arremetida
El dar en el gigante, y derriballo,
Ver el confuso campo de vencida,
Preso el anciano rey, y por librallo
A toda furia arremetió, y al paso
Le ofreció el cielo el venturoso caso.

De la escogida escuadra, á quien cumplia
En Lugo al Casto rey dar preso y vivo,
A pesar de quien mas lo defendia
En su carro Zairan le entró cautivo;
Y con la rica presa que hecho habia,
A larga rienda y paso fugitivo,
Sin aguardar al fin de la revuelta,
Cumplida su intencion daba la vuelta.

¿Quién del real jóven contará el denuedo
Al diestro entrar del peligroso alcance,
El derribar á Dragonel, y el miedo
Que á todos puso este segundo lance?
Yo lo ví, y lo toque, y apenas puedo
Creer que hombre mortal tal brazo alcance;
Corriendo su caballo á todo vuelo
Una lanza al pasar cogió del suelo.

Y puesta sin perder tiempo en la cuya,
La enristró contra el fiero Calimargo,
Que un áspero alcornoque sobrepuja
En bestial proporcion de duro y largo;
Y cual menudo aljofar limpia aguja
Taladra, cruza, y pasa sin embargo,
Así el tierno doncel, ó el feroz Marte,
Al gran jayan pasó de parte á parte.

Rindió la brutal vida al golpe honroso;
¡Caso extraño! Pues oye lo restante:
Gabadul que volvió el rostro espantoso,
Y muerto de un encuentro vió al gigante;
Bramando contra el cielo asíó furioso
Un alfanje, al doncel que halló delante
Quiso sin creer que fuese el homicida,
Que su muerte pagase con la vida.

Mas sacóle el caballo así ligero,
Que dieron golpe y cólera en vacío,
Bien que en un hombro abrió el furioso acero
De un pequeño rasguño un rojo rio,
Con que el jóven que huyó volvió mas fiero,
Y viendo del contrario el desvario,
Le ayudó de una punta, y puso en punto
De ir aunque vivo á dar sobre el difunto.

Enlazó con los brazos su caballo
El jayan de la firme punta herido,
Perdió el sentido, mas volvió á cóbrallo
En nuevo espanto y cólera encendido,
Y alta la espada hácia el doncel por dallo
En dos partes de un golpe dividido,
Ciego al pasar topó en el jayan muerto,
Y turbado perdió golpe y concierto.

Y el doncel á un revés la mano airada
Con tal donaire revolvió, y tal fuerza,
Que aunque de tierno brazo, y nueva espada
El golpe le obligó se agovie y tuerza;
Y abierta una espantosa cuchillada

Al hombro diestro, cuanto mas se esfuerza
 A la venganza, y en sus rabias muerde,
 Mas tibio aliento y roja sangre pierde.
 Que al diestro reportarse del contrario,
 Y hacer con cauta ligereza herida,
 Sin tiento andaba, en movimiento vario
 La fuerza, y no la cólera perdida;
 Y en golpes ciegos, en iras temerario,
 A dos manos la firme espada asida,
 Uno se afirma á dar, y á darle entero,
 Hiciera dos un cáucaso de acero.
 No pudo huir el jóven valeroso
 El riesgo todo, y cuando mas no pudo,
 El golpe entró á coger con brio airoso
 En la sangrienta espada y el escudo,
 Donde al grabado acero un cerco hermoso,
 Y de diamantes al plumero un nudo
 A tierra derribó, y abrió en la frente
 De roja sangre una vistosa fuente.
 Valió al doncel que por el blando viento
 Del corvo alfanje un tercio dió en vacío,
 Que á no hallarse tan junto un fin violento
 Sin tiempo hiciera malograr su brio;
 Y entre armiños y plata el rio sangriento
 De rubis pareció, y de nieve un rio,
 Creciendo con los nuevos arreboles
 Brio en su brazo, y en su espada soles.
 Y así al salir rompió con tal violencia,
 Que el corvo escudo y el brazal siniestro
 Le echó al suelo, y con ellos la paciencia,
 Contra el bizarro ardor del doncel nuestro:
 Dejó el jayán la espada, y sin prudencia
 Quiso asir con la mano al jóven diestro,
 Que de un dulce revés á todo vuelo
 Dos dedos de los cinco le echó al suelo.
 Tal vez así en aquel florido puestito
 Cerdoso jabalí se vió acosado
 De un sabueso irlandés, que en contra puestito
 Ladrando le entretiene desarmado,
 Hasta que del venablo el golpe diestro,
 Ya por el yerto lomo soterrado,
 Furioso cierra, y quiere desa suerte
 Morir matando á quien le dió la muerte.
 No de otra suerte el bárbaro gigante
 Morir desea matando á su enemigo,
 Rabioso en ver que á su ánimo arrogante
 Un desarmado niño sea el castigo:
 Y él con la diestra punta por delante,
 Por entre malla y malla abrió un postigo
 Al ronco pecho, que arrojó con brio
 De requemada sangre un negro rio.
 Venia en el servicio del rey Casto
 Altravicio, un fantástico mancebo,
 De aguda presuncion, de ingenio vasto,
 De antiguas vidas un archivo nuevo:
 Momo de habilidades, cuyo pasto
 Fue siempre decir mal, y de ese cebo
 Sacó por menor paga, y mayor mengua,
 Dos riendas en la cara, y no en la lengua.
 Autor de extraordinarias opiniones,
 Vano hablador, baraja de porfias,
 Tan lleno de razon, y de razones,
 Que venciera con ellas un Golias:
 Adulador, quimera de invenciones,
 Y por dar en privado aquellos dias,
 Y fingirse algo allí donde era nada,
 Al rey acompañaba en la jornada.
 Este cobarde, que huyó el primero,
 Viendo el temido riesgo reparado,
 A hacer volvía del gallardo y fiero,
 Con limpia espada y ánimo hurtado,
 Al tiempo que el gigante iba ligero
 A abrazarse al doncel, y él recatado
 Le barrenó de una estocada el pecho,
 Y dándole lugar pasó derecho.

Fué á dar con el bascoso desatiento
 En el vano Altravicio que venia;
 Cayó sobre él, y como leon hambriento
 A rabiosos bocados le comia;
 Y él que en su boca nunca tuvo tiento,
 Muriendo en otra conoció aquel dia,
 Que es justo el cielo en que permita y quiera,
 Que allí cada uno con sus armas muera.
 Ya el preso rey en su carroza estaba
 De la sangrienta lid un largo trecho,
 Con diez soldados, cuya vista brava
 Cobarde hacia al mas valiente pecho:
 Siguenle algunos, pero el que llegaba
 No era al segundo golpe de provecho,
 Hasta que ya el doncel, muerto el gigante,
 Gallardo á su pesar pasó adelante.
 Mató un caballo, y manca la carroza
 El curso refrenó, y un diestro moro
 Alcambisto, nacido en Zaragoza,
 Alcaide en Portugal, casado en Toro,
 De anciano parecer, y sangre moza,
 Armado en blanco con plumajes de oro,
 A enconrallo salió, y pudo enconrallo
 Sino cayera su andaluz caballo.
 Pasó furioso el moro, el doncel visto
 Su riesgo revolvió mas concertado,
 Dando al segundo encuentro de Alcambisto
 Del roto escudo un cerco destrozado,
 Por donde el hierro de la lanza listo
 Pasó el acero y parte del costado,
 Quedando sin escudo; y sin sentido,
 Y el buen caballo en un cuadril herido.
 Grande fue el golpe, y grande su castigo,
 Y la pena tan bien ejecutada,
 Que con ser él autor, yo fiel testigo,
 Pienso que es su verdad, verdad soñada;
 Pues hecho dos de solo un enemigo,
 Con tal velocidad corrió la espada,
 Que rebanando acero, carne y hueso,
 Sacó el caballo un monstruo horrible en peso.
 El del doncel cayó ya sin aliento,
 De la fuerza que puso en la herida,
 Al dar el desigual golpe violento
 En la feliz segunda arremetida:
 Saltó el jóven, pisó el prado sangriento,
 De adonde con veloz arremetida
 A la carroza fué, á quien por parallos
 Las piernas cortó á tres de seis caballos.
 Púdolo hacer sin riesgo, que los nuestros
 Ya conociendo la victoria ufanos,
 Que del tierno dencel los golpes diestros
 Con tanta admiracion les dió en las manos,
 En el herir y en el huir maestros,
 Rodearon los rendidos africanos,
 Que allí pagaron la traicion urdida,
 O con la honra huyendo, ó con la vida.
 El herido doncel, tras un caballo
 De los que al rojo campo andaban sueltos
 Al ciego bosque entró, y por alcanzallo
 En la morisca lid nos dejó envueltos:
 Ninguno le siguió ni fué á buscallo,
 Hasta que ya de la victoria vueltos,
 De alegre gusto y de despojos llenos,
 Su singular valor echamos menos.
 El rey que vió su libertad y vida
 Deberla toda á aquella heroica espada,
 Y la honra y magestad antes perdida
 Con sus famosos golpes restaurada,
 No viendo el dueño, y viendo su perdida
 Tan sin sazón ni tiempo acelerada,
 Y que ni el sábio que antes le traía,
 Ni él por el campo y bosque parecia;
 A notorio milagro le tuvimos
 De nuestro gran Patron, que de aquel modo
 Ya muchas veces batallar le vimos,



Y á su espada rendirse un campo todo:
 Otros que eran los ángeles creímos
 Que antes la cruz labraron al rey godo,
 Porque de las hazañas la braveza
 Sobraba á toda humana fortaleza.
 Diez moros, tres fantásticos gigantes,
 Y otros tantos valientes caballeros,
 Los mas dellos caudillos importantes,
 De pechos bravos y ánimos guerreros,
 De otras tantas heridas penetrantes,
 Altivos golpes, y altibajos fieros,
 Rendidos, libre el rey, y todo hecho
 De un tierno brazo y desarmado pecho.
 ¡Quien pudiera creer que fuera humano
 Brazo tan tierno, y pecho tan altivo,
 Tras la codicia de buscarle en vano
 Sin le poder hallar muerto ni vivo!
 Hasta que por las nuevas de un villano
 El rey las tuvo dél, de su ayo esquivo,
 De sus heridas, y el gallardo lustre
 De su linaje real, y sangre ilustre.
 Mas ya esto sobra á mi prolijo cuento,
 Y es cansarte añadir nuevas historias,
 Que ni son de tu gusto ni mi intento.
 Y las mas para tí poco notorias:

Y así digo, señor, que el fundamento
 Fué de mi daño, fragiles memorias
 Dé mis servicios, y sin culpa mia
 La traidora emboscada de aquel dia,
 Que como del florido parque el daño
 Nació, en que iba á hospedarse el rey seguro,
 De Filareo y de mi temió el engaño,
 Y sospechas cobró del fuerte muro:
 Mandó arrasarlo, y con rigor extraño
 De esteril sal cubrir el campo duro,
 Y derribar por él torres y almenas
 De mas lealtad que de desastres llenas.
 Huyó el traidor alcaide, con que puso
 Escrupuloso al rey de nuestro trato,
 Y á prendernos de hecho se dispuso,
 Por ser tan justiciero como ingrato;
 Que olvidar los servicios es el uso
 Que en la córte se vende mas barato;
 Y el que ni muda ley, ni guarda leyes,
 Desde el menor lacayo hasta los reyes.
 Esta es la historia y curso de mi vida,
 Y la traicion que aqui me trajo preso,
 Con otras circunstancias añadida
 De menos importancia, y de mas peso:
 Mas porque no sea en todo desabrida

Ni dura mi prision, ahora tu seso,
Señor, la temple, y si te viene á cuento
Me dí quién eres, para no ir á tiento.

Que si por la presencia he de juzgarte,
Templanza, autoridad, talle y figura,
Bastantes causas dan de respetarte
Tu mucha gravedad y compostura;
Y aquesta misma estimacion es parte
De hacer la mia en tu valor segura,
Y que desee saber con fundamento
Que aire alteró de tu fortuna el viento.»

Asi Teudonio dijo: el de Saldaña
Con pecho y corazon sobresaltado,
Como que en una historia tan estraña
Algun caso le toque no pensado:
Oyendo del doncel de la montaña,
Niño de tierna edad, y ánimo osado,
De sangre real, la suya alborotada,
Así con voz le respondió turbada;
«Señor, si desde luego no he traído
A tus piés con humilde reverencia
Aquel respeto á tu valor debido,
Y el que pide y se debe á tu presencia,
Esta dura cadena lo ha impedido,
Y el no fiarme aquí de la esperiencia,
Para creer que á un príncipe tan alto
Fortuna obligue á dar tan bajo salto.

Mas ya que el tiempo por consuelo mio
Quiso igualarte á mí en tu desventura,
Y que de mi fortuna el desvario
Con otro mayor cure su locura;
En mi intencion y tu valor confío
Que alcanzaré perdon y honra segura,
De quien la puede dar al mundo todo,
O preso, ó libre, de cualquiera modo.

Perdona si dilato, y no te digo
Todo el secreto y casos de mi vida,
Que la honra que me hizo igual contigo
No la quiero tan presto ver perdida,
Hasta pedirte ahora como amigo,
Y no como inferior, dejes cumplida
Tu historia, y me declares si has sabido
Quién fue el doncel tan bien encarecido.

De dónde vino á se volver tan presto
Un tierno niño, y un jayen tan fuerte,
Que al deseo saber, para tras esto
En todo sin estorbo obedecerte:
Perdóname, señor, serte molesto,
Que al ver tan llena mi felice suerte
De tu afabilidad y gracia ha sido
Quien me ha vuelto enfadado de atrevido.»

Don Sancho así con pecho alborotado,
Aun sin saber de qué, y con voz prudente,
Humilde al gran Teudonio, y reportado
El nombre pide del doncel valiente:
Cuando del dulce estilo acariciado,
Término cortesano y elocuente
Del preso ignoto, en gravedad compuesta,
Estó dió á su pregunta por respuesta.

«En triunfo triste, y suspension callada,
El destrozado rey daba la vuelta,
Del riesgo aun la persona alborotada,
Y en deseos de venganza el alma envuelta;
Cuando al sordo bajar de una cañada,
De los cristales de Ezla en flores vuelta,
Dellas cubierto el rústico Silvano
Salía de su vecina selva al llano;

Y ante el brioso alazán que el rey traía,
Postrado con medroso encogimiento:
«Señor, dijo, á la humilde choza mia,
Que á los piés tiene deste monte asiento,
A la hora vino ayer que se fué el día
La alegre vista de un doncel sangriento
Con un viejo sagaz que era su guía,
Y á tu réal mano este papel envía.

Por enjugar la sangre á las heridas
Del amado doncel paró un instante,
Y en bálsamos de yerbas conocidas
Mitigado el dolor pasó adelante.»
Del Casto Rey las nuevas recibidas
En gusto general, ver lo restante
En el papel mandó, y el que servía
De secretario dijo que decia:

«Al Casto Alfonso, el Mago Orontes Griego,
Salud, y muerte al bando sarracino,
Cual la que el cielo hoy dió al del rio Mondego
Estorbo de tu gusto, y mi camino:
El mismo esta partida ordena, y ruego
Al curso eterno del volar divino;
Por tales puntos sus estrellas guie,
Que á tu honra bienes sin cesar envíe.

El tierno brazo que con nueva espada
Hoy hizo estremo della en tu servicio,
Y de bárbara sangre barnizada
Dió de la suya real bastante indicio;
No ha vuelto su partida acelerada
Antojo nuevo de inconstante vicio,
Mas celestial impulso que le llama
Por este curso al colmo de su fama.

Conviene á la salud y al noble aumento
De su importante nombre esta partida:
A tiempo volverá que mas contento
que pena ahora cause en su venida;
Que yo que solo á tu servicio atento
Mi tiempo gasto, y trazo el de su vida,
Muerto hoy sin su favor te vi en mi ciencia,
Y ahora en riesgo á él sino hace ausencia.

Esta causa nos lleva, esta nos pudo
A tus montes volver de los de Oriente,
Despues que en turbio cielo, y dia sañado,
Niño en Miduerna le robé á tu gente:
Dos llenos lustros en silencio mudo
De España por mas bien ha estado ausente,
Probando en el honor de hechos preclaros
La noble vida de sus miembros caros.

No en deservicio tuyo el robo ilustre,
Mas en favor de su importante vida
El hado le trazó, porque deslustre
Su espada el golpe de la mas temida:
Al fin del reino el bien, de España el lustre,
Es sangre de la tuya producida,
Tu sobrino Bernardo, aquel que ha sido
Tan llorado este tiempo por perdido.

De Francia no te altere el rompimiento
Si guerra da á tu oferta en vez de gracias,
Que es nube hinchada de ambicioso viento,
Que en daño suyo ha de llover desgracias;
Y de tu gran sobrino el firme aliento,
Así sus brios y sus fuerzas lácias
De un golpe dejará, que sea testigo
El de ser sangre tuya, y yo tu amigo.»

Esta en suma es la carta, oye quién sea
El sobrino del rey, y por qué via:
Junto de Oviedo en una alegre aldea,
Donde la córte un tiempo residia,
En gallardo ademan, y real librea,
Una infanta bellissima vivia,
Niña de tierna edad, y alma lozana,
Y del Rey Casto Alfonso única hermana.

Siendo el padrino amor, en lazo ardiente
Unió con ella un conde de Saldaña,
De la gótica sangre descendiente,
Y de la nata del valor de España,
Privado ilustre, y de su rey pariente;
Mas en una desdicha todo daña,
Y así no valió al conde en cosa alguna
Amor, privanza, sangre, ni fortuna.

Tomó en agravio el rey lo que pudiera
A feliz suerte de su hermosa hermana,
Si el real respeto con rigor no fuera

Contrario en esto á la razon humana:
Quiso que el conde en larga prision muera,
Y en clausura la infanta soberana,
Nacido della ya el doncel gallardo,
Que de su abuelo se llamó Bernardo.

Crióle el Casto rey con nombre de hijo,
Tiernos gustos de amor, y fe paterna,
Hasta que en la ocasion de un regocijo
El sabio Orontes le robó en Miduerna:
La causa ni la sé, ni nos la dijo,
Ni de dónde nació amistad tan tierna
Con el doncel, y con el rey gallego,
Siendo el uno español, y el otro griego.

El Casto con la alegre nueva ufano
Del doncel ya llorado por perdido,
Viéndole vivo, y por su altiva mano
A su primer grandeza reducido,
Ni al moro teme, ni al poder cristiano,
De la esperiencia y la esperanza asido,
Antes para la guerra venidera
Solo que vuelva su sobrino espera.

Y sino son lisonjas de la fama,
O el tiempo sin sazón corta la espiga,
No hay lengua en cuanto España se derrama
Que otras grandezas que las suyas diga:
Uno Marte español, otro le llama
Alcídes nuevo, y todo en voz amiga
Celebra, ora de vista, ora de oídas,
Sus cosas grandes, ciertas ó fingidas.

La guerra que con Francia está aplazada
Del mundo sin por qué mortal ruina,
Es toda de ambicion ocasionada,
Y de imprudente traza repentina...
Mas ¿qué accidente ó causa no pensada
A tal congoja y lágrimas te inclina?
¿Qué desgracia ó pasión puesta en olvido
Mi cuento á la memoria te ha traído?

Si es por hallarte sin por qué enterrado
A tal sazón en sótanos estrechos,
Que cual yo pienso el ocio desalmado
Carcoma es interior de honrados pechos,
El reino está y el rey tan apurado
De hidalgos que lo sean en sus hechos,
Que no solo abrirá esta cárcel fiera,
Mas aun las de la muerte si pudiera.

Mitiga ahora, señor, tu acerbo llanto,
Y de cualquiera causa que proceda,
Qué podré hacer por ti me advierte en tanto:
Que este altibajo de fortuna rueda
Que tu valor en mí ha podido tanto,
Que nada el mio te negará que pueda,
Ora vaya en tu dicha, ora en la mia
El desear yo tanto tu alegría.»

Dijo, y el preso conde á sus razones:
«Oh invicto don Teudonio, cuán al vivo
Tus palabras descubren los blasones
De la real sangre por quien muero y vivo:
No tiene ni ha tenido el rey prisiones,
Cárcel cruel, ni calabozo esquivo,
Que puedan agraviar y hacer ultraje,
A quien no fuere de tu real linaje;

Y así lo que pudiera al mas perdido
Ser provecho y favor á mí me daña,
Pues mi culpa mayor es no haber sido
De la sangre real la mia estraña:
Yo soy, si acaso soy, primo querido,
El desdichado conde de Saldaña,
Que tanto ha que enterrado y muerto vivo,
Que no sé si me vi algun tiempo vivo.»

¡Oh cielo santo! don Teudonio dijo,
¡Posible es que veo viva la persona
Así agravada del valiente hijo
Que conde de Saldaña y Barcelona!
¡Oh humano engaño! ¡oh corto regocijo!
Mas ya mi voz el llanto desentona,

Que venturas halladas en cadenas,
Solo para lloradas salen buenas.

Otra vez cantaré de los varones
El muerto gusto de su alegre vista,
Sus mal afortunadas pretensiones,
Que una desgracia no hay quien la resista;
Y ahora entre los franceses escuadrones
Sus fuerzas todas la fortuna alista,
Y en sonando de Marte el ronco acero,
Ningun atento gusto queda entero.

Cargada de favores de fortuna
Altiya estaba la indomable Francia,
Su fama por el cuerno de la luna,
Y sobre el mismo rumbo la arrogancia,
Sin triste azar, sin disonancia alguna,
Sin guerra ni enemigo de importancia,
Y solo contra España declarado
El orgulloso brio de su estado.

De galas llena y bético aparato
Su imperial ambiciosa córte crece,
Y en pompa ilustre da vivo retrato
De cuanto en gusto humano se apeetece;
A quien de la fortuna el rostro ingrato
Ahora agradable sus favores crece,
Y al viento hinchado de su luna llena
La hueca trompa de la fama suena.

Por la real sucesion al reino hispano
Alarde hizo el placer desta riqueza,
Y en laurel victorioso el pueblo ufano
Ceñida al César dió la real cabeza:
Mas de un signo infeliz el curso vano
Templó al público estruendo la grandeza,
Y en su contrario aspecto pudo tanto,
Que el comun regocijo volvió en llanto.

Ya en astas de oro deslumbrando el viento
Sus victoriosos estandartes planta,
Cuyo altivo y revuelto movimiento,
Si á unos causa placer, á otros espanta:
Ya entre su alegre tremolante aliento,
Sus triunfos cuenta, sus victorias canta,
Y en públicos carteles de a'egria
Fiestas aplaza, y les señala día.

Dar en pomposo alarde los trofeos
Que el tiempo dió á sus ínclitos varones,
La no vista creciente de deseos,
Las conquistadas bárbaras naciones,
Será gastar el tiempo con rodeos,
Y por cortar la letra hacer borrones,
Que es querer cifrar mucho en breve suma
Cargar de tinta sin sazón la pluma.

Otra musa los cante si tuviere
Con mas obligacion menos cuidados,
Que la mia en su tasada pluma quiere
Casos forzosos, y esos limitados;
Pues de los cortos bienes que escribiere
Hasta los dejos quedan olvidados,
Y al gusto humano no hay dolor mas grave
Que el bien pasado en quien sentirlo sabe.

Solo unas fiestas pediré á la fama,
Que así ensancharon con su trompa el vuelo,
Que no en mas partes de su luz derrama
Rayos al mundo el dios que nació en Delo:
Si el tronco se conoce por la rama,
Esta en que se enamoró y se enredó el suelo
Se llame en cuanto ronda y ve la luna,
Rama del mayor tronco de fortuna.

Por suyo en Perpiñan tenian el día
Que se diesen los muros de Girona,
Girona, á quien el César pretendia
Por orla nueva á su imperial corona:
Mas ya entibiado el punto á la alegría
Con el desprecio de la real persona,
Que España no estimó por ser cabeza
Pequeña á su magnánima grandeza.

La vuelta de París tomó, dejando